

EL JARDÍN DE MARGARITAS

Ya no quedaban decisiones importantes por tomar, ya no había una razón para cuidar el patio de atrás. Pero cada mañana la mujer se despertaba, se aseaba, comía y se vestía con un precioso vestido blanco para salir a pasear entre las flores del patio de atrás. Después regresaba, volvía a la pequeña floristería de la parte delantera, despedía a su hija que se marchaba al colegio, atendía a los clientes. Y cuando llegaba la hora de cerrar, su hija ya estaba en casa, las flores guardadas y solo quedaba el paseo bajo las estrellas en el patio de atrás para terminar el día.

A Rosa siempre le había preocupado este extraño ritual de su madre, pero no lo había comentado con nadie. Al igual que su madre, prefería guardar sus pensamientos, para darles respuesta por si misma. Aunque a diferencia de ella, Rosa no acudía al patio de atrás. Podía contemplarlo desde la ventana de su habitación, lo veía con cada amanecer, con cada visita de su madre que espiaba desde arriba. Sin embargo, no lograba comprender la razón por la que la mujer se sentaba allí cada día y acariciaba las flores con el agua de la regadera, bailando entre los espacios de sus tallos, para finalmente sentarse sobre una piedra que siempre había estado en el centro del jardín. Y allí permanecía, unos días más, otro menos, con la regadera apoyada en sus muslos, hasta que se levantaba.

En dos ocasiones, solo dos ocasiones, Rosa había visto a su madre hacer algo diferente: agacharse, arrancar con dos dedos una de las margaritas del jardín trasero y colocándola en su regazo, al lado de la regadera.

deshojando una por una sus finas láminas de papel, hasta que un montón de pétalos reposaban, apenas visibles, sobre su vestido.

La primera vez un inspector vino, reclamando el impago de la floristería. Su madre le escuchó, pacientemente, hasta que el hombre dejó de hablar. Rosa desde las escaleras, con apenas seis años, espiaba la conversación sin comprenderla del todo. De aquel día la niña recordaba el olor de la menta que su madre sirvió al hombre para aclarar su garganta y el silencio que siguió a sus demandas. Su madre lo despidió en la puerta antes de que a la niña le diese tiempo a llegar a su cuarto. Ella esperaba que la leyese el cuento prometido de cada noche, pero su madre tardaba. Arrastrando una silla hasta la ventana, la pequeña Rosa escaló para poder ver a través del cristal la silueta de su madre, iluminada por la Luna, deshojando una de las margaritas. Al día siguiente Rosa se cruzó con el inspector por la mañana al salir hacia el colegio con su madre, y después de intercambiar unas palabras, el asunto quedó zanjado.

La segunda vez fue hace unas semanas. Rosa ya cuenta con dieciséis años y es la edad en la que debe decidir lo que hacer con sus estudios. En el colegio le pidieron a principio de curso que hablase con su madre al respecto, pero ella tenía otras cosas en la cabeza. Por lo que una carta informativa llegó a casa. Su madre se sentó junto a ella después de cenar, frente a dos tazas de menta, comenzó a hablar.

- Hija ¡por qué no me hablaste de esto? — preguntó señalando con la mirada el papel sobre la mesa.
- Se me olvidó. — se disculpó Rosa sin levantar la vista de las vetas de madera de la mesa.

- Nunca se te había olvidado contarme algo tan importante.
- Lo sé. — ambas mujeres suspiraron, no estaban acostumbradas a hablar demasiado, desde siempre, un extraño lazo las había unido y solo con una mirada podían decirse todo.
- ¿Has hablado con tu profesor? — volvió a intervenir la madre tras un sorbo de infusión.
- Sí.
- ¿Y qué opina?
- Cree que mis notas son buenas, que podría ir a la universidad y estudiar lo que quisiera. Pero yo quiero quedarme aquí y llevar la floristería algún día.
- Para eso todavía queda tiempo, espero. — bromea su madre para relajar la tensión, pero la sonrisa de su hija no es completa. — Hay alguna otra razón por la que no quieras marcharte?
- Bueno. — agacha la cabeza Rosa en señal de afirmación.
- ¿Un chico? — pregunta su madre con curiosidad, y recibe una respuesta casi inmediata cuando su hija levanta la cabeza rápidamente con los ojos muy abiertos. Ahora las dos rien divertidas contagiadas por la risa de la otra. — Bueno, no te voy a pedir que me lo presentes todavía, ni voy a preguntar por su nombre, pero estoy segura de que sabrás tomar la decisión adecuada cuando llegue el momento.
- Yo no estoy tan segura, tengo miedo mamá ¿qué debería hacer?
- No lo sé hija, pero hay algo que si sé, dormir ayuda a ver las cosas mejor.

Con esa última frase las dos mujeres volvieron a sus quehaceres antes de dormir, pero Rosa no estaba conforme con la respuesta de su madre.

Mientras terminaba de ordenar los libros para el día siguiente observó por la ventana, y cuando sus ojos se acomodaron a la oscuridad, pudo ver a su madre repitiendo el ritual de hace diez años.

Al día siguiente no hubo nada diferente, ni al siguiente, pero Rosa no podía dejar de preguntarse lo que aquél crimen significaba ¿por qué su madre cuidaba aquel jardín? ¿Por qué deshojaba las flores que con tanto amor cuidaba?

Ahora ya tenía edad para hacerse esas preguntas y aunque su futuro no estuviese decidido, sentía que debía hallar antes la respuesta a esas preguntas. Se debatió durante una semana sobre lo que debía hacer y al final, tomó la decisión de hablar con su madre durante la cena.

- Mamá.
- Dime Rosa.
- ¿Por qué cuidas el jardín de atrás?
- Es un hermoso jardín, ¿no crees?
- Sí, pero nadie lo ve, solo tú y yo.
- No hace falta que alguien lo vea para que sea hermoso.
- ¿Por qué deshojas las margaritas? – esa pregunta logró detener el tenedor de su madre sobre el filete.
- ¿Por qué me preguntas eso?
- Porque quiero saberlo.
- No puedo contártelo... no sé si sería adecuado... yo... - por primera vez en su vida Rosa pudo ver la duda en el rostro de su madre, que dirigía su mirada hacia el jardín de atrás.
- ¿Por qué no iba a ser adecuado?

- Debo pensar lo cariño, pero te prometo que mañana continuaremos con esta conversación.

Rosa comprendió que por alguna razón había puesto a su madre en un aprieto, y decidió dejar pasar el tiempo hasta la mañana siguiente.

Aquella noche no se asomó por la ventana, tenía mucho en lo que pensar. Pero mientras sus pensamientos vagaban por las decisiones de su mente, su madre deshojó dos margaritas en silencio sobre su vestido y volvió a casa con una invisible lágrima corriendo por su mejilla.

Antes de levantarse al día siguiente Rosa supo lo que debía hacer: hablar, preguntar, explicar lo que sentía. Haber preguntado a su madre sobre el jardín le había hecho darse cuenta de lo importante que era hablar, puede que no obtuviese una respuesta clara, pero quizás hoy la tuviese. Salió de casa con energías después de desayunar, sin prestar atención al rostro cansado de su madre y las finas líneas oscuras bajo sus ojos, eurojercidos también por pasar la noche en vela.

Cuando llegó la noche, Rosa derrochaba entusiasmo.

- ¿Qué ha sucedido hoy? hija — pregunta su madre, ya repuesta del cansancio.
- He hablado con... el chico, y todo va bien, ya está decidido, le he dicho al profesor que me quedaré aquí. Te ayudaré con la tienda y quizás pueda conseguir un trabajo en la ciudad. — su radiante sonrisa ciega un segundo a su madre, que suspira tranquila cerrando los ojos cerrados.

- *Me alegra mucho cariño, iré a hablar con tu profesor para decirle que tienes todo mi apoyo mientras esa sonrisa se mantenga en tu cara.*
- *Lo hará mamá, no quiero estar lejos de casa. – esta vez su madre es la que, vergonzosa, baja la mirada a la mesa.*
- *Entonces es hora de que conozcas toda la casa.*
- *Ya conozco toda la casa, podría decírtelo el número de baldosas que hay en el suelo de cada habitación.*
- *Sí, es cierto – sonríe su madre – pero seguro que no sabes el número de margaritas que hay en el jardín de atrás.*

Todavía más feliz que antes, Rosa termina de cenar y recoge lo ensuciado, mientras su madre se pone el vestido blanco y saca el colgante en el que lleva sujetada la llave de la puerta para llegar al jardín de atrás.

La Luna llena ilumina las blancas flores, que brillan como la espuma del mar mecidas por una suave brisa de verano. Conteniendo el aliento, la chica atraviesa la puerta y recorre el camino siguiendo la estela de su madre hasta la piedra.

- *Este es el jardín de atrás. – comienza a narrar su madre sin despegar la vista de las estrellas. – Este jardín fue el regalo que un hombre le hizo a una mujer hace mucho, mucho tiempo. Eran jóvenes y estaban enamorados, y cuando la mujer anunció que estaba embarazada, el hombre compró una casa y sorprendió a su amada plantando las flores que formaron el ramillete de su boda en el patio de atrás. Nadie conocía aquel patio, nadie podía verlo, solo ellos dos. Pero la felicidad no duró hasta que la niña nació –*

Rosa se adelanta para sostener a su madre que parece quebrarse junto a su voz.

- *Siéntate mamá. – le pide Rosa en un susurro. Pero su madre solo se agacha y aparta las flores de la roca, dejando que la luz de la Luna ilumine las letras metálicas clavadas en ella, que forman un nombre.*
- *Ese hombre murió pronto, antes de poder ver a su hija dar los primeros pasos, antes siquiera de poder verla nacer. Pero la mujer comprendió que nunca las dejaría solas. Enteró su cuerpo en el jardín de atrás, y colocó una piedra donde descansar a su lado. Cada día, acudía allí mientras su vientre crecía al igual que las margaritas. Narraba en voz alta todo lo que en su día acontecía, acariciando su tripa, acariciando la piedra. Pero cuando el momento del nacimiento llegó, tuvo miedo. Su amado ya no estaba, ella debía decidir, ella tenía que tomar las decisiones. Igual que una señal caída del cielo, una margarita arrancada por el viento se posó sobre su vestido blanco, el vestido blanco con el que un día su amado le juró amor eterno deshojando una de las margaritas del ramo que ella sostenía. En ese momento, la mujer comprendió que él no las había abandonado, su bebé y ella siempre podrían acudir a él. Deshojó la margarita que esperaba sobre sus piernas, entonando en su mente el “sí” y el “no”.*

La historia se detuvo junto a la brisa y la mujer se sentó sobre la roca, indicando a su hija que se sentase sobre ella. Cuando lo hizo, apoyó su cabeza sobre el hombro de Rosa y comenzó a llorar. Rosa nunca había visto llorar a su madre, escuchar su lamento detuvo su corazón y solo pudo apretar sus manos contra las suyas mientras las lágrimas

comenzaban a fluir. Las lágrimas cayeron sobre las margaritas, acariciando sus pétalos y deslizándose por su tallo como el rocío de la mañana hasta llegar al suelo.

- *Y hoy por fin estás aquí, con tu padre* – vocaliza lentamente su madre. – *Sequía teniendo miedo, de que rechazases esta historia, pero estas aquí, tu padre tenía razón.*
- *Le preguntaste a papá si debías traerme.* – comenta divertida Rosa, mezclando las lágrimas con una risa.
- *Sí, nunca imaginé que fueses a pedírmelo, aunque sabía que debía hacerlo, no quería decidir el momento.*
- *Y papá decidió que debía venir.*
- *Ambos lo decidimos, yo hice la pregunta y él me respondió.* – agachándose sin soltar a Rosa, su madre arranca una flor del jardín y poniéndola cerca de las dos, susurra la pregunta. – *¿Papá es feliz?*

En voz alta las dos mujeres entonan el “sí” y el “no” con el que caen los pétalos sobre la hierba mecida por la brisa del verano.

Aquella noche, madre e hija durmieron juntas, aquella noche el jardín de atrás pareció cobrar vida tratando de atrapar el viento para ascender junto a ellas, llevando consigo el último “sí” en forma de pétalo de margarita.